

La defensa, lastre por su ausencia

SERGIO A. ÁVILA.
SEVILLA

EFE Junyent intenta superar a Ignerski en una entrada a canasta

Una de cal y otra de arena. Siete días después de la alegría inesperada pero bienvenida del Palau, el Estudiantes le recordó al Cajazol que sus batallas son otras, más mundanas, y que no era oro todo lo que relució frente al transatlántico azulgrana, devenido esta temporada muchas veces en baqueteado buque de carga. Eso ya se sabía, porque la alegría en casa de los inquilinos de la zona más ingrata de la tabla se reviste de cautela y porque ni hay que engañarse ni victorias rimbombantes debían impedir ver el bosque. El Caja es un equipo con problemas, que avanza a trancas y barrancas, que, eso sí, con Comas a los mandos gana más que pierde -y esto es lo mejor que se puede decir del colectivo- pero al que, de todas formas, le cuesta la vida sacar los partidos adelante. Es así.

Cómo será que los triunfos menos sufridos que se recuerdan fueron los facturados en León y Barcelona, porque en San Pablo, ya se sabe, junto a la bufanda se lleva el aficionado cafinitrina, tila o el desfibrilador, lo que esté más a mano. En fin, nada de esto es nuevo, sólo subrayado de la trayectoria pendular del equipo, tan alejada de la estabilidad que es distintivo de aquellos que luchan por otros objetivos. Ahora, con seis jornadas de infarto por delante y un calendario atroz por dificultad de los rivales, sólo queda aguantar el tirón como se pueda, que ya en la reflexión veraniega habrá tiempo de recapacitar sobre los fallos en la planificación.

De momento, echando la vista atrás, al domingo, que es lo más reciente, en Madrid, en un Telefónica Arena hasta la bandera, el equipo se rajó al final del tercer cuarto. Su desenvoltura en los minutos anteriores tampoco daba demasiado pie a la esperanza, pero en ese epílogo del penúltimo episodio del choque el castillo de naipes que fue el Caja, tan distinto del que profanó el Palau, se vino abajo. Su principal mal se localizó en la defensa, o en su ausencia, que viene a ser lo mismo.

Un solo dato, pero definitivo, condensa, aunque simplifique el análisis, lo acontecido: encajar 103 puntos ante el Estudiantes es una barbaridad difícilmente digerible al comprobarse que hasta la pasada jornada acreditaban los colegiales un ataque muy pobre, situada su media en el listón de los 73. Vamos, que frente al Caja se dieron un empacho rebasando ese promedio en 30 puntos.

Excusas no hay, arbitraje incluido (40 tiros libres el Estudiantes por 28 el Caja...), pero sólo porque detenerse ahí impide mirar hacia delante. Y el equipo no puede pararse. El sábado recibe al Pamesa y es verdad que tiene un calendario más difícil que el resto de sus competidores porque ha de enfrentarse a cuatro de los ocho primeros y finaliza midiéndose de un tirón a Tau, Unicaja y Madrid (¡horror!), pero visto lo visto, no se sabe ya, con tanto jugándose los de abajo y menos (poco) los de arriba, qué es más factible, si batir a un oligarca, al que sólo le puede la ambición del más y más, o a un necesitado que se juega nada menos que la vida. Según los cálculos de Comas, para estar tranquilos habría que sumar tres victorias más, lo que implicaría firmar un cincuenta por ciento en los seis partidos que restan. Son cuentas de la lechera, una incógnita a resolver, como la de si habrá refuerzo para el juego interior. Comas desea desde hace tiempo un cuatro de corte clásico, pero ese perfil de

jugador, que suele ser también estadounidense, no abunda en el mercado, y menos a estas alturas de la temporada, amén de que un americano más implicaría la salida de Miles. Un desbarajuste, vamos, por más que otro pivot sea (muy) necesario. Pero no ahora. Hace ya tiempo.